

pasta... ¡ja, ja, ja!... Que te perdone, pues, y que en testimonio del perdón te devuelva á la chica.

—Si así lo hiciere, con mucho gusto le ofrecería una hecatombe. No tengo ganas de comer, ni de dormir, ni de tomar el baño. Voy á ponerme un manto oscuro y á pasear por la Ciudad..... Tal vez la encuentre... Estoy enfermo.

Petronio le miró compasivamente porque, en efecto, sus ojos, circundados de profundas ojeras, tenían un brillo febril, hallábanse en desorden sus cabellos y en todo su cuerpo se advertía el decaimiento interno y el trastorno pasional.

—Tienes fiebre — le dijo.

—Sí.

El *Árbitro*, que sentía por Vinicio sincero afecto, trató de consolarle con algunos consejos.

—Oye — le dijo: — no sé lo que te prescribirá el médico; pero yo que no soy inexperto en achaques de amor, te recomiendo la distracción y el olvido. Si tanto empeño tienes en casarte, busca otra mujer, que en Roma, ciertamente, no escasean...

Vinicio que apenas le prestaba atención y se estrechaba la frente con las manos, le interrumpió, diciéndole con palabra rápida:

—¡No, no! ¡Déjame en paz! Mil gracias. Vagaré por las calles de la Ciudad, buscándola. Ordena que me den un manto galo con capuchón. Voy al *Transtevere*..... ¡Si al menos hallara á Oso!

Y salió.

Petronio no trató de retenerle; entró en la biblioteca, se sentó á una mesa de mármol rojo y púsose á limar su *Cena de Trimalción*. Mas, preocupado por los sucesos del día, dejó pronto el trabajo y se engolfó en graves reflexiones.

La enfermedad de la hija de Nerón le daba mucho que pensar. «Si el César se obstina en creer que la enfermedad proviene de un sortilegio de Ligia, decía para sus adentros, buena parte de la responsabilidad recaerá sobre mí, por ser causa de que la llevaran al Palatino.»

Sin embargo, no tardó en tranquilizarse, pensando que no le sería difícil destruir la sospecha, aunque no se le ocultaba cuanto tenía que temer de la disimulada inquina de Popea. Desvanecida ya toda sombra de peligro en su mente, entró en el *triclinio* para comer, y después se hizo llevar al Palatino y al Campo de Marte.

Ya muy entrada la noche y estando en su casa, hizo llamar á Tiresias, el esclavo *atriense*.

—¿Hay novedad?— le preguntó.

—Sí, señor: toda la *familia* habla de la fuga de una joven destinada á la casa del noble Vinicio. Después que saliste, la esclava Eunice se me acercó y me dijo que conoce á un sujeto que tal vez podría encontrar á la fugitiva.

—¡Ah!— exclamó Petronio —¿y quién es ese sujeto?

—No lo sé, señor...

—¡Está bién! Que se llame á ese hombre y que espere aquí, y tú ve á rogar de mi parte al tribuno que mañana venga temprano.

El *atriense* hizo una profunda inclinación de cabeza y salió.

III

Petronio estaba acabándose de vestir en el *eleoterio* cuando entró precipitadamente Vinicio. Había enviado éste esclavos á todas las puertas de la Ciudad y á todos los caminos con las señas de Oso y de Ligia y con orden de detenerles en calidad de esclavos fugitivos dondequiera que los hubiesen; había enviado estas mismas señas á los magistrados de las ciudades inmediatas con la súplica de que los prendieran si acaso daban con ellos; había prometido una respetable cantidad como recompensa de su detención; vestido de esclavo había recorrido todas las calles de Roma; mas por ningún lado encontró huellas de los fugitivos y desconfiaba de que los magistrados se atreviesen á realizar la captura sin orden expresa del Pretor y de que los esclavos, no obstante el premio ofrecido, husmearan el paradero de su amada.

Extinguiasele en el corazón toda esperanza, cuando el esclavo Tiresias le dió el recado de Petronio y le notició que se había encontrado á un hombre que probablemente hallaría á los fugitivos.

Voló á casa de su tío y lo mareó á preguntas. Este esperó á que el joven tribuno se calmara, y luego, sonriendo, le dijo:

—En seguida veremos á ese sujeto. Es un antiguo conocido de una de mis esclavas que ahora vendrá á ponerme la toga y nos informará más ampliamente.

En acabando de decir esto entró Eunice, y cogiendo la toga de encima de una silla con adornos de marfil, se la puso á Petronio, inclinándose para dar forma estatuaría á los pliegues.

—Eunice—dijo Petronio;—¿está aquí aquel sujeto de quien hablaste ayer tarde á Tiresias?

—Sí, señor.

—¿Cómo se llama?

—Quilón Quilónides, señor.

—¿Y en qué se ocupa?

—Es sabio, médico y adivino. Conoce el destino de todas las personas y predice los acontecimientos.

—Y ¿te ha predicho á ti alguna cosa?

—Sí, señor.

—Bueno; ya sabremos lo que te predijo; ¡vamos ahora con ese sabio!

Petronio y Vinicio pasaron al atrio donde les esperaba Quilón Quilónides, el cual, apenas les vió, inclinóse de manera que le formaba el cuerpo un arco perfecto.

Petronio no pudo menos de sonreirse. Quilón Quilónides tenía una figura estrambótica, repugnante y ridícula á la vez. No era viejo, y, sin embargo, en la barba y en la cabeza sólo le apuntaban, acá y acullá, algunos pelos blancos. Tenía el vientre hundido y encorvadas las espaldas, por lo que aparentaba ser jorobado. Destacábase sobre esta giba una enorme testa con facciones á un tiempo simiescas y zorrunas. La tez amarillenta estaba manchada de pústulas y la nariz, sembrada de pústulas también, ofrecía tonos violáceos, signo evidente de la inclinación de su dueño al vino. Su vestido oscuro, consistente en una túnica de piel de cabra y en un manto astroso, revelaba una gran miseria, real ó fingida.

A Petronio en cuanto le vió, se le vino á las mientes el Tersites de Homero y contestando á la profunda inclinación con un gesto, le dijo:

—Bien venido seas, divino Tersites. ¿Qué tal la giba que te hizo Ulises bajo los muros de Troya? ¿Cómo lo pasa éste en los Campos Eliseos?

—Noble señor—contestó Quilón Quilónides;—Ulises, el más sabio de entre los muertos, envía por mi conducto un saludo á Petronio, el más sabio de entre los vivos, con el ruego de que cubra mi giba con un vestido nuevo.

—¡Por Hécate triforme!—exclamó Petronio.—La respuesta, en verdad, vale un manto.

Impaciente Vinicio, interrumpió el diálogo preguntando á Quilón:

—¿Sabes ya qué comisión se te quiere confiar?

—Cuando las *familias* de dos casas patricias hablan solo de una cosa y medio Roma les hace coro, no es difícil averiguarlo. Anteanoche fué robada una doncella educada en casa de Aulo Plaucio y que tiene por nombre Ligia ó, más propiamente, Calina. Tus esclavos, señor, la llevaban del palacio del César á tu *insula*. Yo me comprometo, señor, á encontrarla si se halla en la Ciudad ó, en el caso improbable de que haya salido de ella, á indicarte, noble tribuno, hacia dónde ha huido y en dónde se esconde.

—¡Bien!—exclamó Vinicio á quien le plugo la precisión de la respuesta.—¿De qué medios dispones?

Quilón sonrió con expresión de malicia:

—Los medios están en tu mano, señor. Yo únicamente poseo el buen sentido.

Petronio sonrió á su vez, satisfecho de haber dado con tan buena alhaja. «Este hombre, pensó, es muy capaz de encontrarla».

Vinicio frunciendo el entrecejo, gritó:

—¡Desgraciado! Si llegas á engañarme para sacarme dinero, te mando azotar hasta que no te quede pellejo.

—Soy filósofo, señor, y un filósofo no puede ser indiferente al lucro, especialmente si está representado por lo que me acaba de ofrecer tu magnanimidad.

—¡Ah! ¿Eres filósofo—preguntó Petronio—Eunice te supone médico y adivino. ¿A qué escuela estás afiliado, sabio excelso?

—Señor, soy cínico porque llevo el manto andrajoso; estoico porque soporto con paciencia la pobreza; peripatético porque, faltó de litera, voy á pie de una á otra taberna, enseñando filosofía por el camino á los que se ofrecen á pagarme un vaso de lo tinto.

—Y el vino te transforma en retórico, ¿no es cierto?

—Dice Heráclito: «todo es flúido» y no me negarás, señor, que flúido es el vino.

—Y añade que el fuego es una divinidad, y en tu nariz, sin duda, arde el fuego.

— El divino Diógenes de Apolonia enseñaba que el aire es la misma esencia de las cosas y que cuanto más caliente es el aire más perfectos nacen los seres, y que del más cálido están hechas las almas de los sabios. En Otoño empiezan los fríos, y el verdadero sabio debe enardecerse el alma con el vino, porque no me negarás, señor, que un ánfora del vinillo capuano ó telesino da el indispensable calor á todas las fibras del miserable cuerpo humano.

— ¿Cuál es tu patria, Quilón Quilónides?

— El Ponto Euxino. Nací en Mesambria.

— ¡Eres inmenso, Quilón!

Vinicio, irritado por la calma de Petronio, interrumpió con aspereza el diálogo. La impaciencia le sacaba de tino y daba por perdido todo el tiempo empleado en otra cosa que no fuese el buscar á Ligia.

— ¿Cuándo comenzarás tus pesquisas?

— Las he comenzado ya — respondió Quilón. — En este mismo momento, contestando á tus benévolas preguntas, estoy trabajando en ello. Ten confianza en mí, noble tribuno, y no dudes que si perdieses el cordón de tu calzado lograria encontrarlo, como también al hombre que lo hubiese recogido del suelo.

— ¿Has realizado otros encargos semejantes? — preguntóle Petronio.

El griego levantó los ojos:

— Hoy — contestó — son tan poco apreciadas la virtud y la sabiduría que hasta el filósofo se ve obligado á apelar á ciertos expedientes para no morir de hambre.

— ¿Y cuáles son esos expedientes?

— Saber todo lo que ocurre y ofrecer informes á quien los necesita.

— Y ¿llevas mucho por ellos?

— Mira: me faltan dos dedos en la mano derecha y es preciso que compre un esclavo para escribir mis pensamientos, so pena de que mi sabiduría se pierda en meras palabras que lleva el viento.

— Poco deben de valer tus servicios si hasta hoy no has logrado reunir los fondos necesarios para comprar un amanuense.

— La modestia, señor, no me permite la propia alabanza; pero no olvides que es hoy más rara la virtud que en otros felices días en que las acciones meritorias se pagaban á peso

de oro con el mismo deleite con que uno se engulle una ostra de Puteoli. Son escasos mis merecimientos, es muy cierto; pero no menos escasa es la gratitud humana. Cuando huye un esclavo ¿quién lo encuentra sino el hijo de mi padre? Cuando aparecen en los muros de la Ciudad pasquines injuriosos para Popea ¿quién delata á sus autores? ¿Quién descubre en los estantes de las librerías los versos en que se ultraja al César? ¿Quién proporciona los informes acerca de lo que se habla en las casas de los senadores y de los jefes militares? ¿Quién se encarga de llevar las cartas que no se pueden confiar á los esclavos? ¿Quién husmea lo que se dice y se hace en las barberías? ¿A quién confían sus secretos los taberneros y tahoneros? ¿En quién tienen fe ciega los esclavos? ¿Quién sabe ver á través de las paredes de los edificios y de las cercas de los jardines? ¿Quién conoce al dedillo todas las calles, callejas, callejones y escondrijos de la Ciudad? ¿Quién sabe con precisión cuanto se dice en las Termas, en el Circo, en el Foro, en las escuelas de los *lanistas*, en los mercados de esclavos, en los *arenarios*?...

— ¡Basta, basta, oh profundísimo pozo de ciencia! — exclamó Petronio. — ¡Basta, por todos los dioses, ó sino nos ahogaremos en el piélago de tus virtudes, de tus merecimientos, de tu sabiduría y de tu elocuencia! Queríamos saber quién eres y ¡demasiado que lo sabemos!

Vinicio estaba satisfecho, pues no dudaba que un sabueso semejante, una vez puesto en la pista, no la abandonaría hasta dar con la madriguera.

— ¡Bien! — le dijo — ¿Necesitas alguna indicación?

— Armas necesito.

— ¿Cómo, armas? — preguntó Vinicio asombrado.

El griego extendió la mano izquierda é hizo con la otra ademán de contar moneda.

— ¡Achaques de nuestros tiempos!... — balbuceó.

Arrojóle Vinicio una bolsa, y Quilón la cogió diestramente á pesar de faltarle dos dedos. Luego, irguiendo la cabeza, dijo el griego:

— Sé algo más de lo que te figuras, señor. Sé que la muchacha no te fué robada por Aulo Plaucio... He hablado ya con sus esclavos. Sé también que no se halla en el Palatino... Allí todos tienen la atención fija en la enfermedad de la niña. Y no se me oculta la causa de que me encomendéis á mi tan de-

licada misión en vez de confiarla á guardias y á soldados (1). No ignoro que la fuga fué protegida por un esclavo del mismo país á que pertenece la muchacha; que no pudieron prestarle ayuda otros esclavos porque esto hubiera resultado en daño de los tuyos. No cabe, pues, otra hipótesis racional que la de que haya recibido auxilio de sus correligionarios.

— Ya lo oyes, Vinicio. Palabra por palabra lo mismo que te dije yo.

— Es para mí un gran honor... — balbuceó Quilón; y volviéndose á Vinicio prosiguió:

— Sé, además, que la doncella, como la virtuosa Pomponia, adora á una divinidad extranjera; pero no he logrado averiguar cuál sea, ni qué nombre toman sus secuaces. Si consiguiera saberlo, fingiríame ardiente neófito para ganar su confianza. Señor, tú que pasaste algunos días en la casa de Aulo, ¿no podrías instruirme en este punto?

— No — contestó Vinicio.

(1) Además de las *legiones* que tenía Roma esparcidas por las provincias del Imperio para mantenerlas sumisas, y especialmente en las fronteras con el objeto de contener á los bárbaros, y además de los *pretorianos*, milicia creada en los últimos tiempos de la República y que Augusto convirtió en guardia del Emperador, con residencia permanente en Italia, contaba con fuerzas especiales para conservar el orden público en la Ciudad. Tales eran las *cohortes urbanas*, verdaderos cuerpos intermedio entre las legiones y las cohortes pretorianas, pues servía como de puente para pasar de aquéllas á éstas; los *frumentarii*, á quienes estaba confiada la vigilancia de los otros cuerpos armados; y los *vigiles* que creó Augusto al dividir la Ciudad en catorce distritos para la extinción de incendios, entonces muy frecuentes, y que con el tiempo se convirtieron en guardia nocturna para seguridad de las personas y de las propiedades. Nerón se rodeó de una guardia especial, compuesta de soldados bátavos, que fué sustituida después por los llamados *equites singulares*.

En las traducciones extranjeras que tenemos á la vista, no siempre se determina con exactitud la clase de fuerzas que realizaban tal ó cual acto. Así por ejemplo, al describirse el incendio de Roma, se nombra constantemente á los pretorianos, cuando lo más lógico es que se encargase principalmente á los *vigiles* la tarea de aislar el fuego y que la conservación del orden público fuese confiada asimismo á las *cohortes urbanas*. Nosotros, para evitar errores, hemos procurado generalizar, usando con frecuencia la palabra *soldados* para designar á los *pretorianos* y á las *cohortes urbanas*, y el vocablo *guardias* para expresar las otras fuerzas, en especial los *vigiles*; pues entendemos que, tratándose de una novela y no de una obra científica, es preferible la sencillez á la exactitud meticulosa.

— Pues que tantas preguntas me habéis dirigido, ¡oh excelsos patricios! ¿no consentiríais á vuestro humilde criado que os dirigiera algunas? ¿No observaste, noble tribuno, si Pomponia y Ligia verificaban alguna ceremonia especial de su culto, si tenían alguna imagen, si llevaban algún amuleto ó se entendían con algún signo para los demás indescifrable?

— ¿Signo, dices?... Aguarda... sí... Ligia una vez trazó sobre la arena del jardín un pez.

— ¿Un pez? ¡Ah! ya, ya. Y ¿cuántas veces?

— Una sola.

— ¿Estás bien seguro de que era un pez?

— Sí. ¿Conoces su significado?

— Lo adivino — contestó el griego con aire de satisfacción. En seguida, saludando con una profunda inclinación de cabeza, añadió:

— ¡Qué la Fortuna os colme de dones, nobles patricios!

— ¡Di que te den un manto! — exclamó Petronio.

— Por tu generosidad, Ulises te da las gracias por boca de Tersites — contestó el griego saludando nuevamente.

— ¿Qué te parece el sabio? — preguntó Petronio en cuanto hubo salido Quilón.

— Creo que hallará á Ligia y que si en algún punto existe un pueblo de pícaros ese es digno de ser su rey

Quilón Quilónides hacia sonar, bajo los pliegues de su manto nuevo, las monedas que la bolsa contenía, caminando pausadamente y volviendo la cabeza de cuando en cuando para asegurarse de que nadie le seguía. Pasó por el Pórtico de Livia y al llegar á la esquina del *Clivus Vibrius* tomó el camino de la Suburra.

— Ante todo hay que remojar el gaznate — decía para sus adentros — y hacer una libación en honor de la Fortuna. Vamos, pues, á la taberna de Esporo... ¡Por fin he dado con lo que hace tanto tiempo buscaba! Es joven, impetuoso, tan liberal como las minas de Chipre, y por esa rapaza es muy capaz de dar la mitad de sus bienes. No obstante, precisa andar con pies de plomo, porque cuando frunce el entrecejo... ¡Ah! esos lobeznos son los que hoy en día gobiernan el universo. Petronio no me da tanto que temer... ¡Oh, dioses inmortales! ¡Qué tiempos estos en que se pagan á más buen precio las bribonadas que la virtud!... ¿Dibujó un pez sobre la arena?... Si sé lo que esto significa que me ahorquen. ¡Pero lo sabré! Los

peces viven en el agua y para mí es mucho más difícil rastrear en el agua que en tierra firme, por lo cual... tendré que pedir un suplemento. Otro bolsón como éste repleto de monedas de oro cantantes y sonantes, y me desprendo de las alforjas de la miseria y compro un esclavo... ¡Bravísimo, Quilón, hijo de Quilón!... Eres huérfano de padre y madre; mas en breve tendrás compañía y compañía á la cual podrás sacar el jugo. El noble Vinicio pagará la comida y el vestido... ¡Ay, cuán pesada es esta existencia! ¿Qué se hicieron aquellos tiempos en que por un óbolo se podía uno hartar de habas con grosura de cerdo ú obtener un pedazo de salchicha de cabra no menos largo que el brazo de un muchacho de doce años?... Pero héteme aquí, ya, en la casa de ese ladrón de Esporo. Ningún sitio mejor que una taberna para averiguar algo.

Discurriendo de esta manera entró y pidió un jarro de lo tinto, y advirtiendo una mirada de desconfianza en el tabernero, sacó una moneda de oro y la arrojó encima del mostrador.

— Esporo — le dijo — he trabajado desde la aurora hasta el medio día con mi amigo Séneca y he aquí lo que me ha dado como estrena.

Los ojos redondos de Esporo se redondearon todavía más á la vista de la moneda, y como por encanto apareció el jarro delante de Quilón. Este, con el dedo mojado en vino, trazó sobre la mesa un pez y preguntó:

— ¿Sabes tú lo que esto significa?

— ¿Un pez?... ¡pues significa un pez!

— Tú eres un memo, aunque pongas tanta agua al vino que podría criarse muy bien un pez dentro. Esto es un símbolo que, en el lenguaje filosófico, significa la *sonrisa de la Fortuna*. Si lo hubieses adivinado, ten por cierto que acabarías en gran señor. Honra de otra suerte á la filosofía, pues de lo contrario cambiaré de taberna, conforme me lo aconseja desde hace mucho tiempo mi íntimo amigo Petronio.

IV

En muchos días Quilón no se dejó ver de Vinicio, el cual, desde que le revelara Actea que Ligia le amaba, sentía más ardorosamente el deseo de encontrarla y no se daba punto de

reposo haciendo averiguaciones con los recursos de que disponía, pues en manera alguna quiso impetrar el auxilio del César.

Murió, en tanto, la infantil Augusta. De nada sirvieron los sacrificios á los dioses, las plegarias, los votos, el arte de los médicos, los conjuros de la hechicería, á la que se acudió como recurso extremo. Nerón, que llegó al paroxismo de la alegría cuando aquella vino al mundo, se affigió hasta lo indecible al verla expirar. Estuvo dos días sin probar bocado y, aunque su palacio se hallaba á todas horas invadido por muchedumbre de senadores y augustales que acudían á darle el pésame, no quiso recibir á nadie. El Senado se reunió en sesión extraordinaria y acordó deificar á la difunta y levantarle un templo, consagrandolo á su culto una comunidad especial de sacerdotes. En los otros templos se hicieron sacrificios en honor de la *nueva diosa*, se fundió su *vera efigies* en estatuas de metales preciosos y se le consagraron funerales tan espléndidos que constituyeron como un *triunfo*, durante el cual representó el César por modo admirable su papel de padre desconsolado, haciendo tales demostraciones de dolor que la plebe lloró con él, tendiéndole al propio tiempo las manos en espera de liberalidades, y admirando, especialmente, la singularidad del espectáculo.

A Petronio esta muerte le conturbó. Nadie en Roma ignoraba que Popea la atribuía á un sortilegio y lo mismo repetían los médicos para justificar la impotencia de sus esfuerzos, los sacerdotes, cuyos sacrificios habian sido inútiles, los hechiceros, que temían por su vida, y todo el pueblo. Petronio se alegraba de que Ligia hubiese desaparecido. Pero como no quería mal á los Aulo y deseaba su propio bien y el de Vinicio, en cuanto se hubo quitado el ciprés puesto delante del Palatino en señal de luto, asistió á la recepción de los senadores y de los augustales, para tantear el terreno y saber hasta qué punto daba crédito Nerón á las acusaciones contra Ligia y al propio tiempo prevenir, en caso necesario, las posibles consecuencias. Como le conocía á fondo, no dudaba que aparentaría creer en el sortilegio aún cuando ninguna fe diese á la acusación; en primer término, para consolarse de la irreparable pérdida; en segundo lugar, para vengarla en la persona de alguien, y, finalmente, para evitar que se pudiese decir que los dioses habian castigado en la hija los crímenes del padre. Y bien sabía que, de todas maneras, exageraría su aficción.